

UN NUEVO DISCURSO SOBRE LA INFANCIA*

• Análisis de la obra de la célebre psicoanalista francesa Françoise Dolto, revela nuevas concepciones sobre la niñez y la adolescencia, sobre el rol de los padres en la educación y, fundamentalmente, sobre la importancia de reconocer en el otro, sin distinción de edades, a un sujeto de lenguaje y de deseo. Quedan así de manifiesto las insuficiencias del discurso que sobre el tema domina en nuestro país.

«No, para qué le vas a decir si él no entiende todavía...»

«Mejor será que no le cuente que voy a salir para que se quede tranquila. Si se despierta, tú le dices no más que fui a comprar y que vuelvo luego...»

«¿Oye, y tiene tres años y todavía no habla? Pienso que deberías llevarlo al médico y hacerle una evaluación».

«No, si no te va a doler nada. Es una simple inyección. No tendrías por qué llorar».

«Tenemos un mito de progresión del feto desde el nacimiento hasta la edad adulta que nos hace identificar la evolución del cuerpo con la de la inteligencia. Sin embargo, la inteligencia simbólica es la misma, desde la concepción hasta la muerte» (Françoise Dolto).

Es sorprendente comprobar en la realidad de las relaciones que los adultos establecen con los niños -en forma cotidiana y casi imperceptiblemente- que el ocultamiento de la verdad, el en-

Ana María Alvarez Rojas
Asistente Social
Docente Universidad Católica Blas Cañas.

Maritza Quevedo Rojas
Psicóloga Clínica.

gaño y también la «desconfianza» en las posibilidades de comprensión de estos últimos, pareciera estar a la base de las normas y creencias sobre las cuales se construye parte de la relación entre ambos mundos.

También llama la atención la arraigada convicción en muchos adultos respecto a

que los niños deberían mostrar las mismas preferencias y realizar acciones similares a las que ellos, puestos en la misma situación, realizarían. Algunos adultos reaccionan violentamente si esto no sucede, como si el niño debiera lógicamente razonar en los mismos términos que ellos lo hacen.

La sorpresa mayor surge cuando comprobamos que un porcentaje importante de adultos validan estas conductas ante sí mismos, como si mentirle

* Nota de las autoras: «Dedicamos este artículo a los maravillosos niños que lo inspiraron. Los mismos que nos enseñaron a hablar: Antonia, Ariel, Daniela y Rafaela».

a un niño, pensar «que no entiende», o no comunicarle cosas que lo afectan o le conciernen directamente, no tuviese la misma importancia o gravedad que si esto «se le hace» a otro adulto. Esta actitud lleva implícita -la mayoría de las veces sin que los adultos lo sepan y lo hagan expresamente- una cierta desvalorización del niño como sujeto con capacidades y derechos, al mismo título que cualquier ser humano.

Estas y otras formulaciones aparentemente “inofensivas” y comunes (y también podríamos agregar culturalmente validadas) evidencian, de algún modo, la forma como muchos adultos ven y consideran a los niños.

Estos aparecen representados en el discurso de un importante número de adultos como seres desprovistos de ciertas facultades que, siendo esencialmente «humanas», parecieran estar exclusivamente reservadas a «los mayores». La posibilidad de «comprender», de «darse cuenta», de «percibir» la realidad del mundo y de las relaciones serían, de acuerdo con el sentido común, capacidades que se van adquiriendo a la par del desarrollo biológico, por lo que se conciben única y exclusivamente asociadas a esta dimensión, tanto como la inteligencia.

Pero esta situación no es obra del azar. Más allá de los modos en que histórica y culturalmente se ha considerado a los niños en las diferentes épocas de la evolución de nuestra civilización occidental (aspecto que no entraremos a analizar en el presente artículo), el discurso dominante en nuestro país para referirse a la infancia ha sido, sin duda, el de la ciencia médica, el de la pedagogía y el de la psicología del desarrollo. Estos discursos avalan las ideas sobre la infancia que actualmente circulan en nuestra realidad.

No es extraño, entonces, que sean estos enfoques los que dominan no sólo los ideales sociales¹ de la población, sino también los sistemas educativos y de salud y, por lo tanto, los criterios que sirven de base para conocer explicar y «medir» el comportamiento, los logros, los fracasos, los

avances y «retrocesos» de los niños.

La perspectiva bio-médica, a la que más tarde se le une como «complemento» la mirada de la psicología del desarrollo, sigue siendo aún el único modelo social y «científicamente» válido para entender tanto los problemas de crecimiento, como los de aprendizaje y de comportamiento de los niños. Con ello no queremos decir que sean modelos inadecuados; solamente deseamos subrayar que existen otras concepciones que conciben los mismos fenómenos de manera diferente y que dichos enfoques están ampliamente difundidos y validados en otros lugares del mundo, en particular en Europa Central y en algunos países de América Latina, tales como Brasil y Argentina. Si bien la irrupción del enfoque sistémico en el medio psicoterapéutico chileno a partir de los años ochenta, amplía la perspectiva respecto de las posibles causas -y por lo tanto de las modalidades de tratamiento- de ciertas dificultades que presentan no sólo los niños, sino también los adolescentes y los adultos, las concepciones que se manejan en nuestro país a nivel social -en particular a nivel del sistema escolar- continúan siendo básicamente privativas de los modelos anteriormente señalados.

La intención de este artículo es mostrar, a través de la referencia a la obra de la célebre psicoanalista francesa Françoise Dolto, la posibilidad de revertir esta visión, considerando la importancia fundamental del lenguaje y, en particular, de lo que denominaremos los «intercambios de lenguaje», básicamente en referencia a dos aspectos.

En primer término, que la relación de lenguaje entre un adulto y un niño se instaura desde su nacimiento. Esto significa que los niños escuchan y comprenden lo que los adultos expresan verbal y no verbalmente sobre ellos y sobre otros. El recién nacido no emite «palabras», lo que no significa que éste no capte el sentido que ellas tienen. El niño comprende la lengua porque entiende, en primer lugar, la relación afectiva que se establece entre él y la madre que le habla. En segundo lugar, que en esa relación está en juego lo que llamaremos «el deseo del niño» y, por tanto, su devenir como sujeto.

¹ En este contexto, entenderemos por ideales sociales a aquellas representaciones culturalmente compartidas en las que se encarnan las metas de felicidad que una sociedad persigue.

El desarrollo de un niño, más que el resultado de una progresión biosicológica, estará condicionado por la capacidad de los padres de reconocer y de dar un lugar al deseo² de ese niño, tanto en el discurso que sobre él se tenga, como en la dinámica de relaciones que se vive al interior del grupo familiar.

SOBRE LA AUTORA

Antes de desarrollar con mayor profundidad las ideas enunciadas, veamos algunos antecedentes sobre la autora y sobre la corriente a la que pertenece: el psicoanálisis.

Médico de formación, Françoise Dolto (1908-1988) realizó su tesis de medicina, en 1939, sobre el tema «psicoanálisis y pediatría». Su práctica clínica, consagrada enteramente a la atención de pacientes entre 0 y 15 años de edad, se orientó a mostrar, entre otros aspectos, que un síntoma -cualquiera sea su manifestación-, la mayoría de las veces,

el resultado de la compleja inscripción del niño en la dinámica de relaciones sostenidas al interior de su familia.

Para esta autora, los frecuentes trastornos de salud de los niños en los primeros años de vida pueden ser considerados, en un porcentaje importante, como manifestaciones del inconciente y, por tanto, como formas de expresión de un sufrimiento afectivo que por alguna razón no ha podido ser traducido en palabras. Recordemos que esta noción del síntoma como «mensaje dirigido al entorno» fue introducida por S. Freud, a partir del momento en que plantea la hipótesis de la existencia del inconciente, la que encuen-

tra su referente empírico primordial en los estudios del autor sobre la histeria (1895).

Freud revolucionó el campo de la psiquiatría de la época, al considerar al «enfermo» en primer lugar como un «ser de palabra», cuyo síntoma es expresión de un enigma sobre sí mismo que el análisis puede contribuir a descifrar (Mannoni, 1967). Esta idea esencial en psicoanálisis es posteriormente retomada y profundizada por Jacques Lacan, quien enfatizará la radicalidad y las consecuencias de considerar al individuo como un «ser hablante»; el sujeto es inscrito en el mundo y en la cultura por la mediación de un

universo discursivo que lo antecede: el de sus progenitores y el de la extensa red familiar y social que los sostiene.

Freud constituye para Dolto el referente teórico primordial, a pesar de que sus planteamientos se nutren y coinciden también con el pensamiento lacaniano. Sin embargo, ni la autora ni su práctica clínica pueden identificarse con alguna corriente clásica del

psicoanálisis infantil, donde destacan figuras como Ana Freud, Melanie Klein y Donald Winnicott³ (Yannick, Francois 1991).

Dolto difiere de dichos autores, entre otros aspectos, en el hecho de que éstos sitúan la problemática del niño fundamentalmente en la relación dual madre-hijo. No obstante subrayar el carácter primordial de este vínculo, la autora enfatizará la importancia que dicha relación se abra a un tercero, para que el niño pueda separarse de su madre y advenir con ello a una condición de sujeto deseante. Dicha apertura alcanzará su máxima intensidad en el momento de resolución del Complejo de Edipo.

Dolto fue miembro fundador de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis y, luego, cofundadora,

*«El desarrollo de un niño,
más que el resultado de una
progresión biosicológica,
estará condicionado por la
capacidad de los padres de
reconocer y de dar un lugar
al deseo de ese niño».*

2 Pontalis y Laplanche nos señalan que fue Jacques Lacan quien se empeñó en resituar la noción de deseo instaurada por Freud en el primer plano de la teoría analítica, distinguiéndola de conceptos como la necesidad y la demanda con los cuales es frecuentemente confundida.

3 A pesar de que, como señaló un colega, Winnicott sí que sabía jugar con los niños....

junto a Jacques Lacan, de la Escuela Freudiana de París.

Es considerada, junto a las figuras anteriormente mencionadas (M. Klein, A. Freud, D. Winnicott), como una de las más notables contribuciones de este siglo al psicoanálisis infantil. Sin embargo, su nombre es casi desconocido en el ámbito de la ayuda psicoterapéutica y social chilena. Lo anterior no llama demasiado la atención, puesto que en nuestro país el psicoanálisis infantil -tanto en lo que se refiere al trabajo en instituciones, tales como hospitales, escuelas, centros de salud, etc., como en lo relativo a la investigación psicoanalítica- tiene todavía un desarrollo incipiente. Los aportes de la obra de esta autora al trabajo de profesionales, como psicólogos, psiquiatras, pediatras, médicos, educadores y trabajadores sociales, son indiscutibles.

Su insistencia en la necesidad de clarificar, antes de iniciar cualquier relación de ayuda, la pregunta acerca de «quién es el que sufre», más allá de lo que respecto de él o de ella diga la institución o la familia, abre las puertas a nuevas formas de situarse frente a la problemática del sufrimiento psíquico. De este modo, Dolto subraya la importancia de que toda persona vinculada al ámbito de la ayuda social y psicoterapéutica revise permanentemente, y en forma crítica, sus posiciones frente al que sufre, cuestionando aquellos conceptos, prácticas o reglas de funcionamiento profesional y/o institucional que entran la expresión del otro desde su posición subjetiva, es decir a partir de la singularidad que le confiere su historia y evolución individuales.

Dolto nos invita a analizar aquello que en el discurso individual, familiar, social y/o institucional, es revelador de lo que se considera normal o patológico, correcto o incorrecto, adecuado o inadecuado, ya que es en este discurso que el niño, el adolescente o el adulto que solicita ayuda, tendrá o no posibilidades de acceder a una «palabra personal» (M. Mannoni, 1967). Se reconoce en sus planteamientos la emergencia de nuevas concepciones sobre la niñez y la adolescencia, sobre el rol de los padres en la educación y, fundamentalmente, se perfilan las implicancias que supone para las relaciones humanas su permanen-

te llamado a reconocer en el otro, sin distinción de edades, a un sujeto de lenguaje y de deseo.

Es en la puesta en acto de este tipo de relación interhumana, que la autora visualiza la posibilidad de evitar lo que ella denomina el sufrimiento psíquico «innecesario», es decir lo que se padece «silenciosamente» y sobre lo cual no se «ponen palabras». Palabras que, de acuerdo con Dolto, deberían venir a «nombrar» aquello que implicará inexorablemente el encuentro entre sujetos deseantes (dolor, alegría, frustración, culpa, satisfacción, angustia o vergüenza). Así entonces, el malestar surgirá de la incertidumbre, básicamente inconciente, de no saber «cómo llamar» a aquello que nos hace sufrir.

Cabe señalar que en este artículo no se hará alusión a las controversias que generan al interior de ciertos medios psicoanalíticos, algunos postulados de la autora que podrían considerarse como las bases de una prevención posible que, en el marco de la concepción freudiana y lacaniana, se presenta como una ilusión, teniendo en cuenta el papel del deseo inconciente en el comportamiento del individuo. No obstante, queremos dejar en claro que Dolto hace una marcada diferencia entre lo que podría llamarse «prevención» propiamente tal, empresa que ella también considerará en rigor, fuera de la incumbencia del psicoanálisis, y la posibilidad de intervenir en los equívocos que se generan a partir de los intercambios de lenguaje que se establecen entre un sujeto y otro. Esta intervención se realizaría en virtud de la función mediadora de «la palabra», que abriría el espacio a una forma de vivenciar el sufrimiento que podríamos denominar «estructurante».

UN DISCURSO ACCESIBLE

Uno de los méritos fundamentales de Dolto, aun cuando como decíamos, sus postulados hayan suscitado fuertes controversias en el ambiente psicoanalítico francés, fue su capacidad de traducir a un lenguaje accesible un discurso sobre la niñez que, integrando nociones propias de la teoría analítica, pudiese ser comprendido por el gran público. Prueba de ello son los numerosos textos sobre la infancia y la adolescencia escri-

tos con simplicidad, dentro de los cuales podemos citar, entre otros, «La causa de los niños», «La causa de los adolescentes», «Cuando el niño nace: tomos I, II y III».

Revisemos a continuación algunas de las principales nociones que se encuentran a la base de los planteamientos de la autora.

«Freud le quitó al ser humano esa máscara frágil de robot moral, articulado, más o menos acorde con tareas que puede fijarse al despertar, y la reemplazó por la verdad palpitante de los deseos insatisfechos que claman en el silencio de los sueños». (En «El Juego del Deseo», Françoise Dolto, Siglo XXI, página 91).

Como señalábamos al comienzo de este artículo, todo individuo es precedido, antes de su nacimiento, por un discurso cultural y familiar, que es aquél del grupo que lo acogerá desde su venida al mundo y al interior del cual deberá situarse. Los futuros padres de un niño, inmersos en una

cierta cultura y herederos de un linaje particular, serán así portadores de determinadas representaciones mentales, asociadas a valores, preferencias, gustos, imágenes, etc., respecto de ese niño, de otros niños, y del mundo en general. Dolto llamará a esto el «imaginario de los padres»⁴.

Pensemos, por ejemplo, en el embarazo. El niño que se desarrolla en el vientre materno es un ser desconocido para la madre. Ella sabe de él por lo que le informa su propia experiencia, la experiencia de otras mujeres que han vivido la misma situación y por la tradición cultural y científica que le dice «cómo es» o «debe ser» el niño en las distintas etapas de progresión del feto. Vamos a decir, entonces, que ese niño está «ya»

«Todo individuo es precedido, antes de su nacimiento, por un discurso cultural y familiar, que es aquél del grupo que lo acogerá desde su venida al mundo y al interior del cual deberá situarse».

inscrita en «el imaginario» de la madre. Ella puede atribuirle hermosura, un cierto parecido al padre, lo imagina con un sexo determinado, proyecta en él sus propios orígenes. A partir de ese momento, el niño va teniendo un espacio en las «ensoñaciones» y diálogos de los padres y también en el discurso de la familia de origen de ambos progenitores.

La inscripción del niño en el imaginario de los padres como un ser autónomo e independiente desde su origen, unificado y separado del cuerpo materno -nos dirá F. Dolto- es una de las primeras «operaciones» a través de la cual todo ser humano va siendo inscrito en el lenguaje, y crea las condiciones iniciales a la posibilidad de que éste sea reconocido como un sujeto de deseo⁴. Esta operación implica que los padres sean capaces de acoger al niño no solamente como un cuerpo de necesidad, sino también como un ser de deseo.

El deseo es considerado como aquello que nace de

la diferencia entre la necesidad y la demanda. La necesidad, nos dicen Pontalis y Laplanche, visualiza un objeto específico y se satisface. La demanda se formula y se dirige al prójimo; si versa sobre un objeto, éste es para ella (la demanda) inesencial, ya que se trata, en el fondo, de una demanda de amor. El deseo nace de la diferencia entre ambas dimensiones⁵.

Lo que frecuentemente observamos en la reali-

5 El deseo no puede ser reducido a la necesidad puesto que no se trata de una relación a un objeto real, independiente del sujeto que desea, sino al fantasma. El fantasma es considerado como la representación psíquica de la pulsión cuya comprensión no se relaciona con estructuras temáticas, como por ejemplo amor, odio, agresión, etc; sino más bien indica un sentido, cuyo carácter inagotable y permanente remodelamiento desafían toda expresión establecida. También se le define como un escenario imaginario en el que se encuentra implicado el sujeto. (Fedida, 1988). El deseo tampoco puede reducirse a la demanda, puesto que él busca imponerse sin tener cuenta del lenguaje y del inconsciente del otro y exige ser reconocido absolutamente por él (J. Lacan; In «Les formations de l' inconscient», citado por Pontalis y Laplanche).

4 En la práctica clínica de la autora se destaca el hecho de que en la psicosis infantil, la función imaginaria de la madre en relación con su hijo se encuentra, la mayoría de las veces, debilitada o casi inexistente. Esto, a diferencia de los casos de neurosis, en los cuales se encuentra siempre presente.

dad, es que los adultos pasan por alto estos aspectos, estableciendo con el niño, sin saberlo, -sobre todo con los más pequeños- una relación que es preferentemente del orden de la necesidad. Es decir, lo esencial es garantizar la satisfacción de lo que se considera básico para asegurar la subsistencia (evidentemente, estamos hablando de aquellos padres que pueden hacerlo), poniendo a esta última como sinónimo de la vida e imaginando, por tanto, que un niño requiere ante todo de satisfactores que estén destinados a preservar su existencia desde una perspectiva puramente biológica. Ello puede implicar, en algunos casos, que el niño también sólo sea pensado y tratado como un potencial emisor de demandas que siempre van en esa perspectiva.

Deseo y necesidad, palabras recurrentes cuando F. Dolto habla del niño en los orígenes de su relación con el otro. La autora se preocupó especialmente de difundir las diferencias entre ambos aspectos, así como del hecho de que en el comienzo de la vida la necesidad está estrechamente asociada al deseo. De este modo, al principio de la vida -nos dirá Dolto- los momentos de interrelación humana son concomitantes a los momentos de satisfacción de las necesidades (Dolto, 1987).

Así, la madre no sólo pondrá al niño en su seno para darle de comer y acallar su hambre. Junto con ello podrá o no acariciarlo, podrá o no hablarle, le proporcionará calor a través de su cuerpo, le hará sentir si para ella el amamantamiento constituye una experiencia placentera o displacentera, etc. Por lo tanto, junto con la satisfacción inmediata de la necesidad, el niño recibirá «algo más» que leche y dicha experiencia, también somática, auditiva y olfativa al mismo título que la recepción del alimento, se inscribirá en su cuerpo.

Desde ese momento la pertinencia de la lectura que realice «él» o los adultos tutelares respecto de qué es aquello que un niño «quiere» al interpelar a su entorno -por ejemplo, a través del llanto (a lo que llamaremos «demanda»)- no estará jamás garantizada. ¿Es que busca reencontrar el calor corporal que su madre o su padre le brindaron al alimentarlo? ¿Es que las palabras y el movimiento que la madre hace luego de alimen-

tarlo le evocan su experiencia intra-uterina? ¿Es que tiene «simplemente» hambre? ¿Es que acaso él lo sabe?

Es entonces en el intervalo, en la diferencia, en ese «espacio desconocido», que se genera entre la «llamada» al entorno y la «supuesta» necesidad que los padres creen estar satisfaciendo, que situamos aquello que llamaremos «deseo». El cuerpo de la persona que sirvió para la primera satisfacción, de origen esencialmente orgánica, evocará el deseo toda vez que se produzca la separación entre ella y el niño. En el lactante -nos dice la autora- mientras que la necesidad está satisfecha, el deseo nunca lo está. La necesidad se satisface en la realidad, y el deseo no tiene más realidad que la psíquica.

LENGUAJE Y DESEO

Como lo expresamos anteriormente, la dinámica del deseo en el niño estará determinada radicalmente por la relación que se establezca entre él y sus padres u otros adultos responsables de su cuidado.

No obstante, el deseo que a primera vista sugiere una suerte de asociaciones ilimitadas, tiene empero una organización. Y esta organización se sostiene en el lenguaje y en toda la trama simbólica que hace posible la existencia humana y, por ende, la cultura. Para F. Dolto, lo simbólico estará representado, en primer lugar, por el lenguaje que hace posible el mundo de la cultura, de los códigos, de la Ley⁶.

La función mediadora del lenguaje que encarna la Ley de la prohibición del incesto cobrará vital importancia en el proceso de estructuración del sujeto. Esta ley se hará particularmente relevante al momento de evocar el proceso edípico, ya que

6 «Inspirado en el trabajo de Levy-Strauss sobre las relaciones de parentesco, Lacan habla de lo simbólico para describir el tejido transindividual que preexiste al sujeto y que lo espera para darle un lugar particular como miembro de la especie humana. Retoma así las reflexiones Freudianas de Totem y Tabú -asociando lazo social y lenguaje- para hablar del padre como la metáfora paterna, el Nombre del Padre, en referencia a un lugar desde donde se instituye la Ley». (Miranda, Gonzalo: Editorial Cuadernos del Grupo del Campo Freudiano en Chile, Noviembre de 1993, pag. 3).

es en los avatares de dicho proceso que se hará o no posible para el individuo tener un lugar en el espacio interindividual y, por tanto, constituirse como sujeto deseante.

Dicha ley deberá estar inscrita en la palabra de los padres, ya que en parte es en su discurso que se hará presente para el niño el conflicto edípico. El ser humano accede a la función simbólica en la medida en que puede reconocerse referido a una ley que lo trasciende; recordemos que dicha ley recaerá tanto en el hijo como en los padres.

Para entender mejor la relación entre deseo y lenguaje, nos detendremos en el valor que la autora le asigna a la palabra, como el elemento indispensable para la humanización del individuo. Se convierte así en la instancia mediadora fundamental entre éste y el mundo⁷.

El lactante, que se reconoce por referencia emocional a la madre, construye su imagen y se inscribe en el lenguaje a través del baño de palabras al cual es expuesto en su relación con el otro. Pensemos, para este efecto, en las primeras sonrisas del recién nacido. Cuando éste sonríe, esa mímica que hace con su boca va a tener algún sentido en la medida en que el otro (madre, padre, enfermera, etc.) la asocia a una palabra, en este caso a la palabra sonrisa. De este modo, esa mueca tendrá valor de lenguaje como efecto del encuentro con los fonemas procedentes de la madre (Dolto, 1984). Dicho en otras palabras, la madre «significará» la mímica del bebé asociándola a la pa-

labra correspondiente.

Esta relación de lenguaje entre el adulto y el niño se instala, como decíamos al comienzo, desde los primeros días de vida. Ello significa entonces que el niño no sólo escucha, sino que también puede entender lo que el adulto le expresa verbalmente.

¿Pero de qué tipo de comprensión se trata? Evidentemente, no estamos aludiendo a la facultad de comprender, como la posibilidad de representarse mentalmente el contenido preciso de aquello que el otro expresa (tarea que por lo demás en la comunicación entre adultos se evidencia frecuentemente condenada al fracaso), sino más bien al hecho de que la palabra del adulto se instala como la gran

mediadora entre el niño y lo que tiene lugar «en él» (por ejemplo, un dolor físico) y fuera de él (un ruido, un rostro nuevo, un olor penetrante, un cambio brusco de humor del adulto que lo cuida, etc.).

La palabra vendrá a contactar, a ligar, a relacionar al niño con sus propias sensaciones. Si un rostro nuevo le provoca temor, la explicación de la madre, el padre u otro adulto tutelar, respecto de quién es esa «nueva persona», de dónde viene, por qué está ahí, qué relación tiene, etc., le permitirá asociar las sensaciones somáticas que acompañan a menudo un estado angustioso a algo más que sus solas respuestas corporales: lo vinculará a una experiencia de la cual el otro también es parte.

De este modo, la vida va siendo «hablada» a la par de las múltiples sensaciones corporales, auditivas y olfativas que le provocarán inevitablemente todo cuanto ocurra tanto dentro como fuera de él. Si no hay «nadie» ahí para significar aquello que sucede en torno al niño, las experiencias entre él y el mundo serán únicamente

«La palabra vendrá a contactar, a ligar, a relacionar al niño con sus propias sensaciones... De este modo, la vida va siendo "hablada" a la par de las múltiples sensaciones corporales, auditivas y olfativas que le provocarán inevitablemente todo cuanto ocurra tanto dentro como fuera».

7 Para Dolto es la palabra lo que constituye entonces el «objeto transicional» por excelencia, retomando la idea del psicoanalista inglés Donald Winnicott, quien introduce el concepto de objeto transicional para referirse a un objeto que serviría de mediador entre la realidad interna del niño y el medio externo (por ejemplo, un animal de peluche, un pañal, un trozo de género, etc.).

te percibidas en términos de sensaciones físicas y psíquicas, dificultando así sus posibilidades de acceso al lenguaje y, por lo tanto, su capacidad de reconocer, identificar y «nombrar» lo que pasa y, por ende, lo que «le» pasa.

Todo ello va permitiendo al niño organizar su experiencia y también, como señala Dolto, humanizarla. La posibilidad de organización de la realidad, de reconocimiento e identificación de puntos de referencia en función de los cuales situarse y darse un lugar en el mundo, tendría en este marco muy poco o casi nada que ver con aspectos ligados a la evolución biológica de un niño o a la «inteligencia».

En este sentido, la posibilidad de un niño de dar un nombre a sus vivencias, de reconocer en la realidad un sitio para él y para el resto de las personas que lo rodean, no estaría dada, de ningún modo, por sus capacidades intelectuales, sino más bien por la forma en que se ha establecido la relación de lenguaje entre él y los adultos tutelares. Es por este motivo que la autora es enfática en señalar, y su práctica clínica así lo avala, que la mayoría de las dificultades que a este nivel presentan ciertos menores, no tienen nada que ver con lesiones o posibles daños neurológicos como ha sido la tendencia a creer, por ejemplo, en nuestro país. En este caso, la autora hablaría más bien de fallas en los intercambios de lenguaje, de tropiezos o fracasos en la función simbólica.

Es así que en el lenguaje familiar corriente debe confirmarse el papel de la pareja tutelar, en cuanto amantes y padres y la prohibición del incesto debe ser explícita en la palabra de los padres, ya que de otra forma el niño pierde todo punto de referencia de su lugar de hijo o hija. La renuncia al incesto -nos dirá Dolto- es un acto de humanización, que permite ingresar en el circuito de los intercam-

bios sociales así como liberar al niño en la diversificación de sus deseos. Una vez que se establece la relación de lenguaje entre el niño y el adulto, y siendo la prohibición del incesto signficada como “una ley que impuesta a sus padres, a su fratría, tanto como a él mismo”, es que el 'juego del deseo' se instala.

Consideramos que esta visión amplía enormemente la mirada respecto de las posibles «causas» de los problemas y, por ende, de las alternativas de intervención y tratamiento.

EL DERECHO DEL NIÑO A LA VERDAD

No obstante, sabemos por lo que la teoría nos informa, que la demanda es en su origen una demanda de amor. La autora interpretará lo anterior como un llamado permanente a la comunicación y al intercambio intrapsíquico entre seres hablantes. En este intercambio, todo cuanto suceda en torno al niño y que lo concierna directamente deberá, en la medida de los límites y posibilidades de los adultos responsables de su cuidado, comunicársele. Desde acontecimientos aparentemente banales, como por ejemplo la hora en que los padres llegarán si se ausentan, la persona que estará

a su cuidado durante ese lapso de tiempo, hasta situaciones complejas como la separación de los padres, la partida de uno de los progenitores o la muerte de una persona cercana.

En la realidad no hay nada tan extraordinariamente grave que un niño no «deba» o no «pueda» saber al igual que un adulto, nos dirá la autora. Otra cosa es la dificultad que el adulto tutelar reconozca para verbalizar una verdad que lo afecta a él profundamente y que, por lo mismo,

se siente incapaz de comunicar al niño. En ese caso, la verdad también puede ser dicha por otro a quien el adulto encomiende dicha misión, sin

«La demanda es en su origen una demanda de amor. La autora interpretará lo anterior como un llamado permanente a la comunicación y al intercambio intrapsíquico entre seres hablantes».

antes dejar en claro frente al niño, sobre todo si se trata de los padres, sus limitaciones a este respecto.

Según Dolto, ésta es la única manera de que un niño pueda irse integrando a la comunidad humana a la que pertenece. Es por medio de su inscripción progresiva en el universo discursivo que lo «envuelve» -entendiendo por ello las palabras que designan la realidad que lo circunda-, que todo niño podrá ir incorporando las dimensiones de dolor, sufrimiento, alegría, placer, satisfacción y frustración, inherentes a la existencia humana, como eventos que conforman la realidad de la cual él también es parte, al mismo título que el resto de los seres que lo rodean.

Lo anterior dirá Françoise Dolto, cobra especial relevancia si se considera desde la perspectiva teórica que ella suscribe, «que no hay mentiras para el inconciente». De cualquier modo, los niños (y toda persona a quien se le miente respecto de algo que la involucra sustancialmente) «sabe sin saber» y es esta situación la que está, la mayoría de las veces, a la base de su «malestar».

La «puesta en palabras» de aquello que provoca dolor abre, en primer lugar, la posibilidad de reconocerse, de establecer puentes entre lo que nos «pasa por dentro» y lo que está afuera y, sobre todo, de entrar en intercambio con el otro, con todos los tropiezos que la comunicación tiene y que, aunque ellos existan y podamos admitirlo, es la única alternativa que tenemos como seres humanos.

A MODO DE CONCLUSION

El misterio respecto de qué es el deseo y cuál es su movimiento en cada sujeto -sea éste un niño, un adolescente o un adulto- nos sitúa frente a un enigma, en parte insoluble, y en parte «abordable».

Abordable, siempre y cuando los adultos no nos sintamos omnipotentes frente a la posibilidad de «comprender» a nuestros hijos y creer que podemos responder a lo que éstos quieren y esperan de nosotros.

Insoluble, toda vez que tengamos la ilusión de que interpretamos exactamente lo que el niño quiere y creamos, además, que somos capaces de colmar de alguna forma (vía cosas materiales o afecto) una demanda para la cual los objetos son básicamente inesenciales.

Los adultos que tienen hijos, o quienes interactúan con niños, seguramente han observado que si bien éstos pueden manifestar mucha alegría al enfrentarse a nuevos acontecimientos, pronto decaerán en su interés para reencauzar sus preferencias sobre nuevas experiencias de satisfacción⁸. Según la autora, solamente podrá fundarse un vínculo vitalizante y estructurante para ambos en el diálogo con el niño, en el intercambio comunicativo entre éste y el adulto, sostenido sobre la base de la «máxima verdad» de la que seamos capaces, incluyendo el reconocimiento explícito de nuestras múltiples confusiones y limitaciones como seres humanos.

Reconocer el deseo no significa de ningún modo leer entre líneas el discurso y el comportamiento de un niño. Reconocer el deseo puede ser simplemente dejar abierta la posibilidad de una relación en la que no todas las cartas estén marcadas por los adultos.

BIBLIOGRAFIA

- Dolto, Françoise: «Au jeu du désir», Essais cliniques, Editions du Seuil, París, 1981.
- Dolto, Françoise: «La Causa de los niños», Editorial Paidós, Buenos Aires, 1986.
- Dolto, Françoise: «Tout est langage», Le livre de poche, París, 1990.
- Dolto, Françoise: «Diálogos en Quebec», Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Mannoni, Maud: «L'enfant sa "maladie" et les autres», Editions du seuil, 1967.
- Françoise, Yannick: «Françoise Dolto. De l'éthique a la pratique de la psychanalyse d' enfants», Editions du Centurion, París, 1990.
- Pontalis y Laplanche: «Dictionnaire de la Psychanalyse».
- Fedida, Pierre: «Diccionario de Psicoanálisis», Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- Mannoni, Maud: «A criança retardada e sua mãe», Edit. Artes Medicas, Sao Paulo, Brasil, 1984.

⁸ No es necesario reflexionar demasiado para advertir que esto sucede no sólo con los niños, sino también con los adolescentes y los adultos.